

5 EL CINE 5

céntimos — SEMANARIO POPULAR DE ESPECTACULOS — céntimos

En este número: Vals de 'La Casta Susana'

△
T
E
A
T
R
O

N
O
V
E
D
A
D
E
S

▽



△
M
A
T
I
L
D
E

T
O
R
N
A
M
I
R
A

▽

CONFESIONES DE MATILDE TORNAMIRA

¿De dónde es usted?— *De Madrid.*
¿Cuándo y en qué teatro debutó?— *En 1902, en el Teatro Nuevo Retiro, de esta ciudad.*
¿Qué obra ha hecho usted con más gusto?— *El Pobre Valbuena.*
¿Cuál más á disgusto?— *San Juan de Luz.*
¿Qué clase de lecturas prefiere? ¿Qué libros?
¿Qué autores?— *No tengo predilección por ninguna ni por ninguno; todos me agradan y todos los leo á gusto.*

¿Qué músico?— *Chapt.*
¿Qué color?— *Azul.*
¿Qué flor?— *Violeta.*
¿Cuál es su animal favorito?— *Todos.*
¿Cuál ha sido la impresión más desagradable de su vida?— *La muerte de mi padre.*
¿Cuál la más agradable?— *Mi primer beneficio.*
¿Cuál es su mayor deseo?— *Ser bien aceptada de todos los públicos aute los que trabaje, y que dure la temporada.*

EL CARTEL DEL DOMINGO
TEATRO APOLO

las mismas obras:

Tarde y Noche,

LA OLA GIGANTE

y

EL RATONCITO PÉREZ
TEATRO NUEVO

Grandes funciones tarde y noche

Los últimos estrenos:

ANITA LA RISUEÑA

y

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA
ALCÁZAR ESPAÑOL

 7, Unión, 7
 Teléfono 2212

Todos los días tarde y noche,

GRAN TROUPE DE VARIETÉS

ZARZUELITAS COMICAS

Restaurant á la carta. Servicio de primer orden

LA BUENA SOMBRA

 3, GINJOL, 3
 Teléfono 1801

HOY, TARDE Y NOCHE

COLOSAL ÉXITO DE TODA LA TROUPE

ENTRADA LIBRE

 Todas las noches después de la función
 CONCIERTO Y BAILÉ EN EL FOYER

BUTACAS GRATIS

IRIS - PARK

 PROGRAMA MONSTRUO. ÚNICO
 EN BARCELONA

EXPLÉNDIDOS ESTRENOS

 Todas las cintas son escogidas de las casas
 más acreditadas

FRONTÓN CONDAL

* HERMANOS ERDOZA *

DOS GRANDES PARTIDOS

y

DOS QUINIELAS

* ISIDORO *

Á LAS 4 EN PUNTO • ENTRADA 2 PTAS.

LA CRISIS TEATRAL
EMIGRACIÓN ARTÍSTICA

Se parece como un huevo á otro á la crisis agrícola, y se está resolviendo de la misma manera: por la emigración en masa.

Ello empezó en Barcelona, donde la competencia entre los empresarios acabó por depreciar el género. Los actores, tratados como esclavos,



Sinesio Delgado

trabajan para llevarse la palma en la lucha con la tienda de enfrente, y entre secciones dobles, triples, especiales y monstruos, que empiezan diariamente á las tres de la tarde para acabar cuando Dios quiere, se echan al colete doce ó catorce actos, con ó sin música, á perra gorda unos con otros...

Pronto han seguido el ejemplo del pernicioso ejemplo algunos teatros de Madrid y bastantes de las demás provincias, con lo cual ha sucedido lo que tenfa que suceder: que el público no da importancia á lo que tan barato se le ofrece y ya no acude más que á las novedades anunciadas con reclamo, fatigado y harto de tal cantidad de zarzuelitas, sainetes y comedias chicas y grandes.

Los artistas, entretanto, viviendo constantemente sobre las tablas, se gastan que es un primor, y la producción nacional, con ser abundante y variada, no puede dar abasto á consumo tan enorme.

Se han lanzado á escribir, aprovechando las circunstancias, hasta los que no saben leer, y la fecundidad de Lope se queda en mantillas al lado de la de los aficionados de todas clases que han caído sobre la escena como manadas de lobos. Ni aun este refuerzo copioso de los analfabetos aspirantes á Calderones bastó para calmar la insaciable voracidad del público y ha habido que echar mano de la producción extranjera. No queda opereta ni *vaudeville* que no se haya vertido en un abrir y cerrar de ojos, y piezas hay, insustanciales y anodinas, á las que se han dado siete golpes para sacarlas el jugo.

Al mismo tiempo brotan hasta de las piedras las *divettes*, *canzonetistas* y excéntricos; se establece un cinematógrafo en cada esquina para que la gente pase el rato, y todos estos enemigos formidables darán al teatro el golpe de gracia. Autores y músicos, los pocos que nos quedan, desorientados y confusos, andan de la ceca á la meca sin poder resistir el alud que se les viene encima, y,

por si esto era poco, los ministros de Hacienda por una parte, y los concejales por otra, se han dado á apretar las clavijas, estableciendo impuestos...

Como, con unas cosas y otras, el negocio es punto menos que imposible, los barcos que van á América salen un día sí y otro también abarrotados de cómicos y danzantes, y libretistas y compositores hacen las maletas para seguir el mismo camino. Volverán los que puedan, que no serán muchos, y no es un disparate suponer que los que se queden ejerciendo el oficio hagan renacer allá un arte que aquí se concluye.

Así como los braceros abandonan nuestros campos para labrar las pampas vírgenes, los artistas huyen también á remozarse en tierras lejanas con savia nueva.

¿Es un bien? ¿Es un mal? ¡Quién sabe!
Donde vayan los españoles, allí estará España.

Américo Selgado

Carta abierta al director de "La hoja de parra"

Señor director (y no me atrevo á llamarle compañero, porque nosotros los modestos plumíferos que vegetamos en *provincias* no debemos intentar codearnos con los maestros, que orientan el arte desde ese Madrid, moderna Atenas, en que los refinamientos del buen gusto cristalizan en publicaciones tan delicadamente exquisitas como *La hoja de parra*): me he visto honrado con la publicación en ese semanario de un pobre artículo mío (pobre porque sólo me valió dos duros) que yo vendí al editor Sopena hace ya muchos años. Y me hubiera limitado á agradecer en silencio la distinción que me hacían mezclando mis modestísimos originales con esas brillantísimas páginas de talentudos autores que forman la afiligranada *hoja* que usted dirige, si no me creyera en la obligación de advertirle de un peligro á que se está exponiendo, ya que la perversa murmuración vá hincando el diente en *La hoja de parra*, como en todo lo que triunfa.

Es el caso que por aquí se dice que cuando ese semanario se fundó, todas las grandes firmas del Madrid literario se propusieron ayudar á usted en su empresa y gratuitamente colaboraron en *La hoja de parra*, semanas y semanas; pero que, advertidos de que ese periódico ganaba semanalmente una porción de pesetas, les pareció que, según frase castizamente madrileña, estaban *haciendo el primo*. Y la mayor parte de ellos se cerraron á la banda y no volvieron á entregar á usted más originales.

Claro que yo creo que todo esto es pura murmuración sin fundamento alguno; pero cuando esa murmuración vá cundiendo, aparece el artículo *De la autobiografía de un pequeño burgués*, que es el artículo mío vendido á Sopena, y aparece, no firmado por mí, sino por un señor *Facinto Carmin*, que huele á camelo desde cien leguas.

Y yo les digo á ustedes: si el caso mío, como es posible, no es aislado; si esto empieza á saberse por ahí; si cunde la especie de que ustedes publican *fambres* con firma suplantada, la murmuración formará su bola de nieve, que quizás sea la siguiente, poco más ó menos:

Los de *La hoja de parra*, en vista de que les faltan los originales gratuitos que tuvieron hasta ahora, van á dedicarse á asaltar las colecciones de periódicos antiguos (mi artículo se publicó en *Vida Galante*). Y como esos artículos tienen propietario y en algún caso podría salirles la criada respondona, suplantán las firmas para estar prevenidos, por si vienen mal dadas, y están dispuestos, si alguna reclamación se les hace, á decir que ellos recibieron el artículo sobre el que se base la reclamación entre los innumerables originales que á diario les envían los colaboradores espontáneos. Y así carga con el mochuelo un *Facinto Carmin* cualquiera, á quien difícilmente se ha de encontrar.



ESPERANZA MARÍN

Notable tiple cómica que hace pocos días debutó con gran éxito en el Teatro Nuevo

Yo, que no creo que *La hoja de parra*, la publicación delicadamente exquisita, emplee jamás tales procedimientos, creo, en cambio, que esta fábula es fácil de inventar y que el vulgo murmurador la acogerá complacido y la hará rodar de corrillo en corrillo y de tertulia en tertulia.

Este era el peligro de que quería advertir á V.

Y perdone á un modesto plumífero *provinciano* que haya tenido el atrevimiento de advertir de algo á un maestro madrileño.

M. JIMÉNEZ MOYA

Después de escrita esta carta, veo en el último número de *La hoja de parra* un artículo titulado *La aparecida*, firmado también por el camelo *Jacinto Carmin*.

¿Quién será el desvalijado?

CUENTOS EMOCIONANTES

EL INDICIO

I

Hace ya bastantes años, todas las tardes, á la hora del crepúsculo en invierno y cuando terminaba la de la siesta en verano, veíase al alguacil del Juzgado de Lendaraja que estaba de servicio, con el bastón de borlas verdes, símbolo de su autoridad alguacilesca, bajo el sobaco, y los dedos de la mano derecha metidos en el asa de una gran caja de caoba. En ésta iba la correspondencia oficial y privada del señor juez.

Cuando estaba de semana Melquíades, á quien sus convecinos llamaban *Tripaseca*, apenas le veía doblar la esquina de la calle Mayor, de vuelta del Correo, el señor Dionisio, el alpargatero, preparábase á oír la frase que ya se había hecho sacramental:

—Dionisio, aquí llevo el cepillo é las ánimas.

La intensidad del efecto cómico que este peregrino rasgo de ingenio producía en el industrial, era siempre la misma. Dionisio, como las codornices que no pasan de los tres golpes, hacía vibrar en su garganta una risita de tres notas, igual á la de la tarde anterior, y continuaba apretando la trencilla de cáñamo en el banco de hacer suela, sin que se hubiese alterado en lo más mínimo la habitual expresión de su rostro.

La frase de Melquíades y la carcajada de Dionisio habíanse hecho consuetudinarias. Mientras los jueces pasaban por aquel distrito con una rapidez escarnecedora de la decantada inamovilidad judicial, la caja y el ingenio del alguacil seguían tan frescos, resistiendo á la corriente arrolladora del tiempo.

II

Pero un día las cañas se volvieron lanzas: el chiste se convirtió en insulto, la risa cortés trocóse en mirada de basilisco, y sobre los firmes quicios de la amistad, se abrieron rechinando las puertas del templo de Jano. El *casus belli* fué el denigrante apodo del agente de la autoridad judicial, en mala hora pronunciado por el alpargatero; pero aquél fué olvidado, como se olvida la chispa de fuego ante el incendio devastador que ocasiona. ¿Quién se acordaba ya de Helena, en Troya, cuando se encolerizó Aquiles?

El origen del odio lo olvidaron quizá los dos; pero se odiaban.

Una tarde, el juez D. Heliodoro Sañudo, que aguardaba con impaciencia el correo, asomóse al balcón y vió á Melquíades, con la caja, cerca del banquillo donde estaba despatarrado Dionisio, blandiendo el mazo de machacar suela.

—Vamos, Melquíades —gritó el juez á su subordinado.

El alguacil echó á andar; mas, apenas había dado tres pasos, volvióse á su enemigo y, extendiendo el brazo con dignidad trágica, para mostrarle los dedos en cruz, dijo:

—¡Por ésta (*aquí una blasfemia*), que te tengo que patear la sangre!

—¿Qué era eso?—preguntó, momentos después, D. Heliodoro, mientras revolvía los pliegos oficiales buscando una carta que esperaba.

—Nada, señor juez—contestó humildemente Melquíades.—Bromas nuestras.

III

Ocho días después pesaba sobre Lendaraja la sombra preocupacion de un acontecimiento. La monotonía, divinidad familiar del pueblo, había caído de sus altares.

Un peón caminero acababa de dar parte al juez de haber hallado, detrás de un montón de balastro, á medio kilómetro del casco de la población y atravesado en la cuneta de la carretera, el cuerpo de Dionisio, el alpargatero, muerto violentamente, al parecer.

Antes de procederse al levantamiento del cadáver, fué éste reconocido é identificado á presencia del juez. Tenta una gran cuchillada bajo la mandíbula izquierda, donde se coagulaba la sangre, y la cabeza yacía, horriblemente torcida, mostrando la crispada faz llena de regueros sangrientos, que se perdían entre los erizados cabellos.

D. Heliodoro, después de hacer algunas preguntas á los jornaleros que trabajaban en los campos cercanos, y que nada sabían, ordenó la traslación del interfecto al cementerio, para practicar allí la diligencia de la autopsia.

EL CINE

Cuatro hombres de buena voluntad cargaron con el ataúd, siniestro artefacto de tablas medio podridas y despintadas por las lluvias y el uso, que se desvencijaban al peso del cadáver. Era aquella la caja destinada á los lindarajenses que iban al hoyo grande.

Melquíades, como sacristán de Temis, caminaba muy inmediato al féretro, para ahuyentar á los curiosos que pretendieran acercarse. Seguíanle, á distancia de algunos pasos y en línea de duelo, el escribano, el médico forense y el juez; éste en el centro, hondamente preocupado con aquel *mochuelo* que acababa de caerle entre manos. El digno funcionario se encontraba en el caso del que tiene que guisar una liebre y lo único que le falta es... la liebre: en su cerebro había empezado la gestación del sumario; pero no tenía el más pequeño indicio que le indicase por donde había de dirigir el procedimiento. El misterio más absoluto rodeaba el crimen.

Cuando atravesaban el pueblo, que la carretera dividía en dos mitades, el cabizbajo D. Heliodoro fijóse en que seguía un itinerario marcado por gotas de sangre: algunas salpicaban la grava, tiñendo las piedrecillas enclavadas en el suelo de un color rojo, encendido y fresco; pero la mayor parte aparecían amasadas con la tierra, de la que se destacaban en manchas negruzcas.

D. Heliodoro levantó la cabeza para buscar el origen de aquel rastro y lo halló en el ataúd, que iba filtrando, gota á gota, la sangre del cadáver, traqueteado por el desigual andar de sus conductores. Pero lo que más sorprendió al juez fué que Melquíades, sin reparar en ello, aplastaba con las suelas de sus zapatos aquella sangre que goteaba del cuerpo de Dionisio.

Sañudo contuvo, á duras penas, una exclamación de sorpresa. Había cazado la liebre. ¡Ya tenía el indicio!

IV

El cabo de la Guardia civil acercóse presuroso al juez, que le había hecho seña de que viniese, y esperó órdenes, inclinado respetuosamente, con el fusil terciado al brazo.

—Cabo, hay que prender á aquel hombre.

El guardia miró en la dirección que el juez le indicaba con la mano.

—¿A quién, señor juez?

—Al alguacil; al que va pisando la sangre del muerto.

Y, tras una pausa, añadió con voz algo trémula:

—¡Se lo había jurado!

NICOLÁS DE LEYVA



BERNARDINO PONSETTI

Notable tenor que, á sus anteriores triunfos, añade en esta temporada los que está consiguiendo en el Nuevo. Últimamente, y por indisposición del barítono Rojo, tuvo el rasgo de compañerismo de encargarse repentinamente de sus papeles, quedando muy bien, á pesar de ser de cuerda distinta á la suya.

CORREO DE AMÉRICA

BUENOS AIRES

Un beneficio para el Viejecito de la Vega. Una anécdota.—Entre un grupo de actrices y actores españoles surgió y se ha llevado á efecto la simpática iniciativa de organizar un festival en honor del «Viejecito de la Vega», como cariñosamente se apoda al decano de los cómicos españoles en el Río de la Plata.

Lo del honor, no pasa de ser un circunloquio de delicadeza. En buen romance, se trató tan sólo de reunir unos centenares de pesos destinados á hacer menos duros los últimos días de un hombre bueno y batallador, á quien negó la veleidosa fortuna sus favores.

De la Vega, es toda una figura dentro del inquieto mundo teatral de la Argentina. Fué en su tiempo—¡ya ha llovido!—un intérprete de nombre, de ilustración y educación poco comunes.

Su vida es una novela y de las muchas anécdotas que él cuenta en su amena conversación, recoge un periódico la siguiente, con motivo del beneficio.

De la Vega, primer actor y empresario, se

encontraba en el Azul. La suerte parecía sonreírle, cuando el apuntador de la compañía, víctima de una bronquitis, cayó en cama para no levantarse más. Era una baja sensible, y que ponía en un compromiso al director porque lo reducido del elenco no permitía distraer á ningún actor para reemplazar al enfermo. Optó, pues, de la Vega por marchar á Buenos Aires en busca de un apuntador. Dicho y hecho. Llegó y encaminó sus pasos á la Bolsa de los Cómicos, que en aquel entonces lo era un café de la calle Piedad al llegar á Suipacha. Iba á tiro fijo, pero estaba escrito que éste había de fallarle. Su hombre acababa de partir para Paisandú y no había en plaza ninguno disponible. Todo esto se aclaró en una conversación sostenida en tono alto, en un corro de cómicos, sin parar atención en un hombrecillo de demacradas facciones, que en una mesa vecina volvíase todo oídos.

Desconsolado, abandonó De la Vega el café con ánimo de tentar mejor suerte en otra parte, cuando le salió al paso el hombrecillo de marras:

—Señor, he sabido que necesita usted un apuntador.

De la Vega vió el cielo abierto; tomó de un brazo al desconocido y sin pararse á preguntarle cómo, dónde ni cuando se había enterado de su apremio, lo condujo al hotel, ajustó tratos y á la mañana siguiente se encontraban en la estación, dispuestos á ponerse en camino.

Antes de salir, según es práctica, De la Vega entregó á su hombre el préstamo reglamentario, y contempló, no sin sorpresa, cómo éste tal como lo había recibido, lo entregaba á un chiquillo á quien con aire paternal besó en la frente.

Durante el viaje el misterioso apuntador se encerró en un mutismo más misterioso aún, esquivando toda pregunta.

Pocas horas después, empresario y apuntador llegaban á su destino, y como no había tiempo que perder, De la Vega ordenó un ensayo inmediatamente.

El misterioso tomó asiento frente á su mesa y cuando ya dispuestas las figuras dió el director la orden de comenzar, vieron palidecer al apuntador, como si estuviera por desmayarse.

—¿Se siente usted malo? — preguntó De la Vega.

—Tanto como malo, no. Un ligero vahido.

—Menos mal. Pues, cuando guste...

Y el hombre, obediente á la orden, dió comienzo á la lectura, leyendo... ¡¡la cubierta!!

«Don Al va-ro-ó-la-fuer-za-del-si-no»...

De la Vega se sintió aplastado bajo el peso de mil toneladas. Pero insistió:

—Adelante, más adelante...

El misterioso obedeció, leyendo... ¡¡el reparto!!

La paciencia de De la Vega hizo bancarrota. Iba á arrojarse sobre «su hombre», pero vió su figura de hambriento, su palidez, su terror y se encontró desarmado.

—¡Venga usted aquí!—le dijo. Y llevándole á un rincón del escenario, con voz iracunda clamó:

—¡Usted no es un apuntador!... ¡Usted, usted, es un sinvergüenza!

—¡Eso no!—gritó el otro.—Sinvergüenza, jamás. Diga usted más bien un pobre diablo á quien la sirena engañosa de América atrajo y que desde hace tres meses pasa hambre, sed y frío en Buenos Aires, con una mujer á cuestas y tres pequeños.

Oí en el café que usted necesitaba un apuntador y me ofrecí. Hubiera usted solicitado un arzobispo ó un químico y lo mismo me hubiera presentado.

De la Vega echó mano al bolsillo, sacó un billete y se lo entregó diciendo:

—Tome, vuélvase á Buenos Aires. Es usted un fresco y hará camino en América.

Pocos días después, por falta de apuntador, la compañía De la Vega se disolvía.

Pero no para ahí la cosa. Corrieron los años y un buen día encontrándose De la Vega en un café se le acercó un caballero de flamante indumentaria, rostro satisfecho y renegrida barba.

—¿El señor De la Vega?

—Servidor.

—No recuerda usted, señor De la Vega, á un apuntador que en el Azul...

De la Vega pegó un salto de acróbata.

—¡No me lo recuerde usted!

—Pues bien, aquel apuntador, soy yo... yo mismo... La suerte se me ha puesto de cara, he progresado y actualmente me encuentro al frente del Registro Civil, á donde ojalá pueda serle útil algún día.

Y el viejecito epiloga la anécdota diciendo:

«Cuando oí eso, me recorrió el cuerpo un escalofrío. ¿Para qué podría serme útil en el Registro Civil ese señor? ¡Ah! Pues, pareció maldición; se me murió mi santa mujer y volví á casarme... ¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca!

Y para eso, para arreglar los papeles de mi segunda boda, me fué útil el falso apuntador del Azul.»

* * *

Los odios chileno-peruanos.—En un periódico de Chile escribe, refiriéndose á Lima, un redactor recién llegado de aquella capital:

«Estuvo también Tallaví. Se le hizo á su alrededor el vacío más colosal.

Este vacío, ¿tenía por causa el precio de las butacas—cuatro soles cada una—ó bien se quería

EL CINE

castigar al artista por el hecho de haber sido muy aplaudido en Chile?

Creo que de todo un poco... El caso es que Tallaví perdió más de mil libras en su gira.

Incomodado, furioso, con este desastre, Tallaví llegó á tomarle cierta mala voluntad á los peruanos.

—¿Cuándo vuelve por acá?— le preguntó uno de los jóvenes de la *crème* limeña.

—Cuando esto sea chileno.

La respuesta es completamente exacta. Respondo de su autenticidad.»

LO QUE DICEN LOS EMPRESARIOS

EL DEL NUEVO

No quiero negarme al requerimiento de EL CINE para hablarle al público desde sus columnas, porque creo muy conveniente que el empresario se ponga alguna vez en comunicación directa con el público.

Modestia aparte, creo que yo tengo más autoridad y más capacidad que otros muchos para llevar una empresa teatral (que, al fin, es una empresa artística), ya que mi profesión y mi educación han sido artísticas.

Por esto mismo, se me puede también exigir más en lo relativo á presentación de obras y creo que hasta ahora he cumplido con mi deber, pues, sin duda, he sido quien, dentro del género, ha presentado mejor las obras. Hacer otra cosa hubiera sido un fracaso para mi nombre.

Esto mismo también me obliga, y yo lo hago con mucho gusto, á tratar bien á los artistas, como miembros de mi familia artística, pues en algo nos hemos de distinguir los que queremos ser artistas empresarios, de los que son tratantes de artistas. Por ello, soy poco aficionado á cambiar de personal. No creo en el éxito de los cambios; mientras más tiempo estén juntos los que forman una compañía, más ganará el conjunto de ésta. En Romea, han estado muchísimos años juntos los mismos actores, y la empresa ha ganado dinero.



ROBERT (autocaricatura)

De los que hay en mi teatro estoy satisfechísimo y creo que son los mejores. Si no lo creyera así, haría por contratar á aquellos que entendiéndose que eran superiores á los de mi teatro.

Mis compromisos con los propietarios del local terminan en agosto; pero yo pienso continuar siendo empresario, quizás aquí mismo, quizás en otro teatro; no lo sé.

Puede ser que intente una *tournee* por fuera de Barcelona con los mismos elementos con que hoy cuento.

Creo que el teatro es un negocio igual á los demás y que ha de llevarse á base de mucha formalidad, dinero y buena administración. Aún llevándolo así, resulta difícilísimo por los impuestos y gravámenes que sobre él pesan (1).

Claro que, como negocio, es natural en él la competencia; pero entiendo que esa competencia ha de ser noble y sin llegar á los anuncios de mal gusto en los que se ponen en parangón á los artistas. Estos no debieran tolerarlo, porque vá en perjuicio de ellos. Y tengan en cuenta, si creen que con esto ganan algo, que las empresas no hacen las eminencias, sino el público. En cambio, pueden enemistarse entre ellos, que son compañeros y como compañeros debieran obrar unos con otros, sin inmiscuirse en rivalidades de empresas.

Las empresas... hagan lo que les plazca. Yo creo que, mientras andemos á la greña, irá de mal en peor el negocio. Eso de librar una batalla por una obra y refir un combate, exagerando la nota de la competencia, no hace más que perjudicarnos.

Por último, diré que creo de necesidad la existencia de un semanario formal, defensor de los artistas y de las empresas y que ponga á unas y otros en relación continua con el público.

(1) Los espectáculos tributan al Estado por los siguientes conceptos: 10 por 100 de timbre, 10 por 100 de Consumos, 5 por 100 de mendicidad, 125 por 100 de impuesto directo sobre la total recaudación! Siguen tributando por contribución, por utilidades, por sueldos, por luz eléctrica... En junto ascienden los distintos arbitrios á 41 por 100 sobre los ingresos del negocio. ¡41 por 100! (N. de la R.)

EL CÍNICO

de FELIPE TRIGO

30 céntimos

Pídase en librerías y kioscos ó á la *Sociedad General de Publicaciones*, Diputación, 211, Barcelona.

VALS DE

LA CASTA SUSANA

JUAN GILBERT

Meno mosso. VALS.

The musical score is written for piano and consists of seven systems of music. Each system contains a grand staff with a treble and bass clef. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The tempo is marked 'Meno mosso' and the genre is 'VALS.'. The first system begins with a piano (*p*) dynamic. The second system continues the melodic line. The third system features a piano (*p*) dynamic in the bass line. The fourth system continues the melodic line. The fifth system shows a change in texture with more complex chords. The sixth system is marked *ff* (fortissimo) and includes trills (*tr*) in the right hand. The seventh system continues the fortissimo section with trills.

CAÑITAS

I

Lanzo al aire mis cantares
y acierto quién los recoge.
Sin alma los canta el rico,
con alma los canta el pobre...

II

Tengo una pena, la sufro,
suspiro fuerte y se vá.
Las que siento callandito,
ésas, no quieren marchar...

III

Que afán tienen las mujeres
en adelantar sucesos...
Han visto que te besaba
y ya dicen que te quiero...

Enrique Dofres.



“LA PRISION”

Drama en tres actos, en prosa, original de Fernando C. Duarte y Pedro Luis de Gálvez, que, con éxito extraordinario, ha sido estrenado el jueves último en el Teatro Español, de Barcelona.

ESCENA IX DEL ACTO 3.º

que los autores han tenido la atención de facilitarnos para su publicación en EL CINE.

CAROLINA Y JUSTINIANO

CAROLINA.—¡Qué pesadez!

JUSTINIANO.—(Desde la estufa). Es la necesidad que obliga á pedir con tanta insistencia.

(Carolina toma el libro, intentando leer; lo cierra, torna á abrirlo y lo torna á cerrar. En todos sus movimientos nótase agitación vivísima. Luego de un largo silencio, Justiniano, que acaba de encender la estufa, permanece de pie, mirando el fuego.—A cargo de los actores.—Comienza á oscurecer).

C.—¿No has encendido aún?

J.—Sí, señora. Dispéñeme usted. Estaba distraído.

C.—¿En qué pensabas?

J.—En nada. Miraba cómo se convierte la madera en ceniza. El fuego atrae como atrae la verdad. El fuego es semejante á la verdad: unas veces nos alumbró el camino y otras nos devora.

C.—¿Eres ambicioso?

J.—No. Sólo tengo un deseo: dejar de ser lo que ahora soy, una cosa, el número de una estadística, para volver á ser hombre.

C.—Si que es triste. Cuando me asomo á esa reja y veo á los presos, ¡me da una lástima! No he podido acostumbrarme á mirarlos con indiferencia.

J.—Es usted muy buena.

C.—Yo no sé si soy buena. Mi marido dice que soy tonta. Y, acaso tenga razón... Me acuerdo de que cuando era niña, si alguna compañera de

colegio no respondía á lo que la maestra le preguntaba, sufría yo á la par de ella, como si yo fuera la que no sabía la lección. Una cosa parecida me ocurre ahora con los presos. Me parece que estoy dentro de ellos, y sufro por todos á la vez... Ricardo se molesta conmigo.—«¿Qué te importa á ti de los presos? Si no fueran criminales, no estarían aquí»—me dice. Pero, yo no puedo hacerme esa cuenta. Los veo, y me da lástima.

J.—Sí que somos dignos de lástima, aún más que por lo que sufrimos, por el concepto en que se nos tiene: «Todos son criminales». ¿Por qué? Hay muchos presos que no son criminales. Delinquieron por ocasión, por ignorancia, ó arrastrados por un espíritu de grandeza. Que también los hay.

C.—Yo digo lo mismo: hay muchos pobrecitos encerrados ahí dentro. (Pausa). Cuando me casé, no podía figurarme lo que era esto... ¡Si lo hubiera sabido!... Es horrible, ¡horrible!, tener que vivir siempre en una prisión, y saber que detrás de ese muro están los seres más desgraciados de la tierra, y despertarse á media noche y escuchar el ruido de las cadenas, y las voces, ¡tan tristes!, de los centinelas, que parecen lamentos; y saber que la boca que nos besa ha dicho antes: «A Fulano que lo traben con un par de grillos», y que la mano que nos acaricia acaso ha restallado como un látigo en la mejilla de un pobrecito preso... ¡Nadie puede imaginar este horrendo martirio! Y un día, y otro día, y otro... Y tener que vivir aquí siempre, ¡siempre!... Tu alcanzarás la libertad, olvidarás lo que has sufrido, podrás ser feliz aún. Yo, no. Sin haber sido condenada, he de vivir en una prisión hasta la muerte!

J.—Todo cambia en la vida del hombre, y se muda y trastrueca. Los dolores más intensos hallan su lenitivo. Pero, es que no sabemos buscarlo. Está en nosotros mismos. Tomando sobre nuestros hombros los dolores ajenos, parece que nos sentimos más ágiles para alcanzar la felicidad.

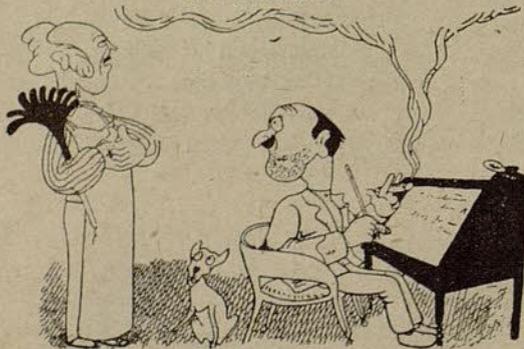
C.—Dime, ¿qué es la felicidad?

J.—Cada hombre la entiende á su manera. Sin embargo, la felicidad nunca se nos muestra desnuda. Y corremos tras de ella para arrancarle la espesa túnica que la cubre, y ella escapa, siempre, riendo.

C.—Entonces si escapa siempre, ¿por qué la perseguimos?

J.—Por instinto. El instinto nos grita, nos impele, nos acicata á poseerla. La vida es una carrera desenfundada para alcanzar la felicidad. Salvamos las zanjas que se abren para detenernos, saltamos los obstáculos, arrollamos cuanto se nos pone delante... Y corremos, corremos sin freno; hasta que un día, sin fuerzas, sin alientos, vencidos, nos dejamos caer en el camino ó rodamos hasta el fondo de un precipicio... Si nos pará-

INGENUIDAD



—Si viene el sastre, le dices que no estoy.
—Y si no viene ¿qué le digo?

EL CINÉ

semos á consolar á los que sufren, si caminásemos paso á paso, sin prisa, por la senda de la vida, acaso la Felicidad no temería de nosotros y se dejaría prender en nuestras manos.

C.—Acércate más. No estés ahí, tan lejos. Me agrada oírte... Siéntate aquí.

J.—Señora...

C.—Siéntate. Somos dos presos. Yo más desventurada que tú, porque mi condena es más larga... Antes de verte ayer en la junta, sentía yo deseos de concertarte. Esa voz interior que nos habla sin palabras, me había advertido que eras un hombre extraño. Luego, cuando te vi, ¡mira qué cosa más rara!, me pareció que ya te conocía, que había escuchado tu voz... Acaso te he visto alguna vez, desde esa ventana, paseando por el patio... Tú no sabes lo que he peleado con Ricardo para que te nombrase su ordenanza... Porque yo quería escucharte á solas, saber lo que tú eras... Y, tú sí que eres bueno. Eres mejor que todos. Estaría siempre oyéndote... Tú piensas como yo; y muchas cosas de las que dices ya las había yo pensado... Pero, es que no sabía decirlas.

J.—Lo mismo me ha ocurrido á mí leyendo algunos libros. Y, entrando por primera vez en una ciudad, me ha parecido que ya la conocía. ¡Qué fenómenos más extraños!

C.—Habrás leído mucho.

J.—Poco. Los libros cuestan caros. El jornal nos alcanzaba apenas para vivir á mi madre y á mí.

C.—Te querrá tu madre con locura.

J.—¡Pobrecita vieja! Cuando caí soldado, tuvo que trasladarse á la aldea. En la aldea tenemos una casita muy linda, con una huerta que es una bendición... Por ver á mi madre, que estaba enferma, deserté... En todas sus cartas me dice: «No quiero morir sin verte».

C.—¿Estás casado?

J.—No. Ni siquiera he tenido novia. Yo sueño una mujer que sea como ninguna otra.

C.—Guapa, ¿verdad?

J.—Toda ella dulzura. Y que sea alegre como la risa de un niño, y traviesa como una gorriona y buena como lo es mi madre. Y que ella fuera la que á mi madre le cerrase los ojos, violados por la muerte; y parecerían sus manos dos mariposas blancas sobre dos pasionarias...

C.—El amor, el verdadero amor; esa es la felicidad.

J.—El amor es la sonrisa de la felicidad. Y, sin embargo, el hombre que más amó sobre la tierra, aquel que amó á una pecadora, y besó las llagas de un leproso, y partió su pan con el amigo que acababa de traicionarlo, aquel hombre no rió nunca.

C.—Si hallaras en tu camino unos brazos que

LOS NIÑOS-HOMBRES

52



—¿Le marca á usted el humo, señora?
—A mí, no. A usted es fácil que le maree.

á tí se levantarán; si una voz amiga llevase á tus oídos acentos de sinceridad, ¿te detendrías un momento?

J.—Pero, esos brazos se alzan muy lejos, y la voz amiga no llega á los muros de la prisión.

COSAS DE TONTOLÍN

Tontolín está acatarrado.

En una de las visitas le dice el médico:

—Observo que tose usted mejor que ayer.

—¡Ya lo creo! Como que he estado ensayándome toda la noche.

*
*
*

Un borracho á un guardia:

—Guardia, usted debe llamarse lunes.

—¿Por qué?

—Porque yo me llamé Domingo, y siempre viene usted detrás de mí.

EL PRIMER CONCURSO DE "EL CINE"

Concurso de monólogos cómicos

BASES

Los autores que quieran tomar parte en este concurso pueden enviar uno ó varios monólogos originales, inéditos y no estrenados, á las oficinas de EL CINE, Diputación, 211, Barcelona, antes de las cinco de la tarde del día 4 de marzo próximo.

Cada monólogo, que debe venir sin firmar, estará encabezado con un lema y acompañado de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del autor, sobre que ostentará en la parte exterior el mismo lema del monólogo.

De cada monólogo se entregará recibo en las oficinas de EL CINE.

La dirección de EL CINE designará las personas que han de formar el jurado que ha de dictar el fallo en este concurso.

El jurado designará dos monólogos: uno que será estrenado por **José Santpere** y otro que lo será por **Pepe Alfonso**, en sus respectivos beneficios de esta temporada, en el **Teatro Nuevo**.

Cada autor podrá hacer constar, al enviar un monólogo, si, en el caso de ser uno de los elegidos, desea que lo estrene precisamente Santpere ó Alfonso. Si no hace indicación ninguna, se entenderá que le es indiferente que sea uno ú otro el intérprete. Todo ello lo tendrá en cuenta el Jurado, á fin de que los monólogos designados sean uno para cada beneficio.

Una vez publicado el fallo del Jurado y abiertos los sobres que contengan los nombres de los autores de los monólogos elegidos, los autores de los demás podrán recogerlos en las oficinas de EL CINE, previa entrega del recibo que se les dió al presentar el monólogo.

ALGUNAS ACLARACIONES

—Nos pregunta un lector si los monólogos han de ser escritos en castellano ó en catalán.

Es indiferente, pues sabido de todos es que Santpere ha cultivado el género catalán con gran éxito.

—Otro lector amigo nos pregunta quién ha de cobrar los derechos de representación del monólogo.

No habíamos dicho una palabra de semejante cosa, porque la creíamos fuera de toda duda.

¿Quién ha de cobrar los derechos? El autor, naturalmente. Y del autor queda la propiedad absoluta del monólogo.

Nosotros no hacemos más que facilitar, por medio de este concurso, el estreno de dos monólogos en condiciones tan halagüeñas como siempre resultan las de ser elegidos por un jurado competente y la de ir en cartel de beneficio de actores prestigiosos.

Pero ni nos proponemos ganar nada con esto, ni en ello tenemos más interés que el de alentar á los autores cómicos.

EL JURADO

El Jurado que ha de examinar los monólogos de nuestro concurso ha quedado constituido por las siguientes personas, cuya pericia y cuya historia nos evitan toda clase de elogios:

Don Eduardo Aulés, ingenioso y aplaudido autor cómico; don José Fernández de la Reguera, culto y antiguo periodista, y don José Robert, empresario del Teatro Nuevo.

MONÓLOGOS PRESENTADOS

Hasta el día en que cerramos la edición del presente número han sido presentados los señalados con los siguientes lemas:

Número 1.—«Todas se pierden por él».—Número 2.—«Todo lo vence el saber. Todo con tacto se alcanza».—Núm. 3.—«Mata sogras».—Número 4.—«Lemita».—Núm. 5.—«Dormirse relamido y despertarse sol-fa».—Núm. 6.—«Luz y taquígrafos».—Núm. 7.—«Rosita».

CINEMATOGRAFÍA

: NOTICIAS, INFORMACIONES, ARGUMENTOS DE PELICULAS, ETC. :

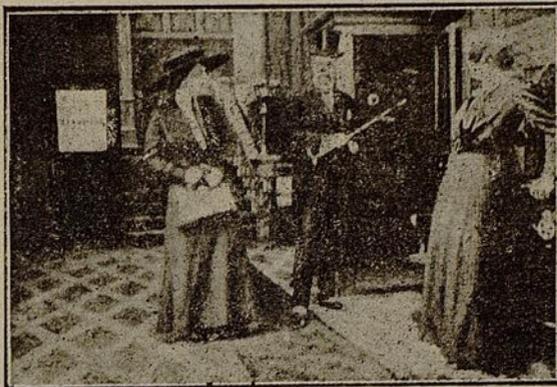
:: ARGUMENTOS ::

EL DETECTIVE HIPNOTIZADOR

(J. CASANOVAS ARDERIUS)

El célebre diamante «El Rajah» perteneciente a la Sra. Baronesa de Vera ha sido robado, no pudiendo hallar la policía vestigios de quienes puedan ser los autores. El célebre detective, profesor Locksley, hipnotizador, conocidísimo a causa de sus importantes descubrimientos magnéticos, lee en un periódico el hecho, y considerando que, por medio de sus experimentos, podrá lograr descubrir a los ladrones, acomete esta empresa.

Lo primero que hace es alquilar la habitación donde se cometió el robo. Una vez examinada ésta



Una escena de la película «El detective hipnotizador»

minuciosamente y tomados algunos datos precisos, el profesor obtiene una copia del «Rajah» en falso. Una vez en la habitación y en presencia de la servidumbre, el profesor deja caer una tarjeta en la que dice «Sr. Profesor Locksley: «El Rajah» ha sido hallado.—J. Blum, Inspector», con el fin de ver la impresión que entre los criados produce. Cree ver algo extraño en el semblante de la doncella y disimuladamente requiere le acompañe para examinar el diamante encontrado. Ya en el laboratorio, la criada reconoce la piedra y dice que no es la verdadera. El doctor hipnotiza a la criada a fin de intentar saber por medio de la transmisión quienes puedan ser sus cómplices. Inmediatamente, a la salida de su laboratorio ordena a su pequeño ayudante la siga para ver a donde va. El detective, por medio de su ayudante, consigue saber lo que desea; pero, al intentar entrar en la casa que se le ha indicado, se abre una trampa preparada en el

suelo y cae el detective a un subterráneo en el que están la criada y un hombre, que se disponen a enterrar al detective en una zanja que ya está abierta casi del todo. Sin inmutarse un momento, el detective pide permiso para fumar un último cigarro, mientras acaba el hombre de abrir la fosa; se lo conceden, y, aprovechando la distracción de éste, hipnotiza a la doncella y la entrega una tarjeta en la que indica ha de hallarse en su laboratorio a las 5; la doncella, magnetizada, obedece y un instante después, con gran sigilo, sale el profesor y, cerrando la puerta, deja dentro al hombre que cavaba la fosa, el cual no acierta a explicar cómo han podido ocurrir tan extraños hechos.

Rápidamente el detective registra la casa y encuentra en uno de los cajones de un armario «el Rajah.» Marcha al laboratorio y en él encuentra a la doncella, todavía magnetizada. El profesor la hace volver en sí y la deja sola en su habitación, viendo que, para avisar a su compañero que han sido descubiertos, utiliza el teléfono, participándole donde se encuentra para que vaya a buscarla. Cuando así lo hace el cómplice de la criada, el profesor, que se ha dado cuenta de todo, finge quedarse dormido, encima de su mesa de trabajo. La puerta hallase abierta y los ladrones intentan asesinarle; pero, al darle una terrible cuchillada, descubren que se trata de un maniquí, pues el profesor aparece por otra puerta, logrando con esta última estratagema detener a los autores del robo del célebre diamante «Rajah».

LA INJURIOSA DUDA

PELÍCULA DE LA CASA GAUMONT

Estamos en la época del Directorio. Ruy Blasco, rico negociante en encajes, seducido por las gracias y encantos de Aurora, su primera dependienta, ha pedido y obtenido la mano de la joven.

El matrimonio acaba de efectuarse y en la sala de la casa del comerciante se celebra la ceremonia.

La hora avanza y despídense todos de los recién casados.

En la confusión de la despedida, Ruy Blasco se fija en que su mujer se ha inclinado de pronto y ha recogido del suelo un objeto que ruborosamente, no creyéndose observada por nadie, ha ocultado en su blusa, al tiempo que desaparecía presurosa de la sala.

Momentos después, una invitada, cantante de talento que se había hecho aplaudir calurosamente durante la velada, se apercibía de que una sortija

que había sacado de su dedo, al ponerse al piano, no se hallaba ya en el sitio donde la había dejado poco antes. En vano la busca por el suelo, exclamando:—No encuentro mi sortija... Mi sortija ha desaparecido...

Una duda, duda terrible, nace en la mente de Blasco. El ademán de su mujer vuelve á su memoria, así como su confusión y fuga repentinas. ¿Si

Aurora ha esperado á su marido toda la noche, y al puntear el alba encuéntranla las criadas adormecida en una silla del vestíbulo. Léense en su rostro deshecho las huellas del pesar y del insomnio: arrópase en su capa y va á refugiarse á casa de su madre.

Poco después de su salida, Ruy Blasco vuelve á su casa y penetra en la sala en donde las criadas



—No encuentro mi sortija... ¡Mi sortija ha desaparecido!

(De la película «La injuriosa duda»)

fuera ella? ¡Oh! ¡La horrible sospecha! Se aproxima á su mujer y le pregunta, con calma aparente:—¿No tenéis nada que decirme?

Aurora no tiene nada que confesar á su marido, si no es el tierno amor que le inspira.

Ruy Blasco intenta entonces llevar su mano al corpiño de su mujer donde supone ha escondido la sortija, mas ella se escapa con un gesto encantador de pudor ofendido...

La sospecha se precisa clara en su mente y el esposo no tiene ya la menor duda sobre la culpabilidad de su esposa. «Mi mujer es una ladrona» piensa el desgraciado y á pesar de los lloros de Aurora que se esfuerza en retenerlo á su lado, huye de la casa, enloquecido de vergüenza y cólera.

Y pasa su noche de bodas errando tristemente por las calles de la ciudad.

*
*
*

hacen sus quehaceres de la mañana. De repente una de las mujeres lanza un grito de sorpresa. Detrás del clavicordio, en un pliegue de la alfombra, acaba de recoger la sortija desaparecida la vispera de modo tan extraño.

Este descubrimiento trastorna al comerciante y sale corriendo en busca de Aurora.

—Estaba loco, querida mía, perdóname—dijo avergonzado y pesaroso á su mujer, después de haber enjugado sus lágrimas. Y los dos esposos se abrazan tiernamente, olvidando las amargas horas pasadas.

Mas, Blasco, que desea conocer la clave del misterio, pregunta sonriendo á Aurora que era lo que recogió del suelo la noche de la boda, confusa y sonrojada...

—Lo que recojí... ¡Ah, Dios mío! ¡Es muy sencillol! Había perdido la liga y...

Y ruborosa mostró á su marido esa prenda íntima, causa de la terrible noche.

MUY INTERESANTE

CONSULTAS DE CINEMATOGRAFÍA

La empresa de EL CINE ha conseguido que una persona peritísima en toda clase de asuntos de cinematografía se encargue de una nueva sección que inauguraremos en uno de nuestros próximos números y en la que se contestará á toda clase de consultas relativas á asuntos cinematográficos, tanto bajo el aspecto técnico, como el industrial ó el artístico.

Así, pues, nuestros lectores pueden desde luego exponernos cuantas dudas tengan y hacernos cuantas preguntas deseen les sean contestadas, referentes á films, manipulación, compra, venta ó alquiler, casas productoras, exportadoras ó alquiladoras, locales, aparatos, inconvenientes ó dificultades que encuentren, transportes, etc.

EL CINE cree con esto prestar un servicio á manipuladores, empresas y aficionados á la cinematografía y por ello lo pone en práctica, seguro de que sus lectores sabrán apreciar este nuevo sacrificio que nos imponemos.

«El Cine» se remite gratuitamente á todos los empresarios de cinematógrafos de España.

LA SEMANA DEPORTIVA

Sin pena ni gloria han transcurrido los ocho días deportivos, no siendo digno de nota más que el partido de foot-ball entre el «Barcelona» y el «España». Ganó el primero, como era de esperar, y nos retiramos silenciosamente del campo, en espera de acontecimientos de más resonancia.

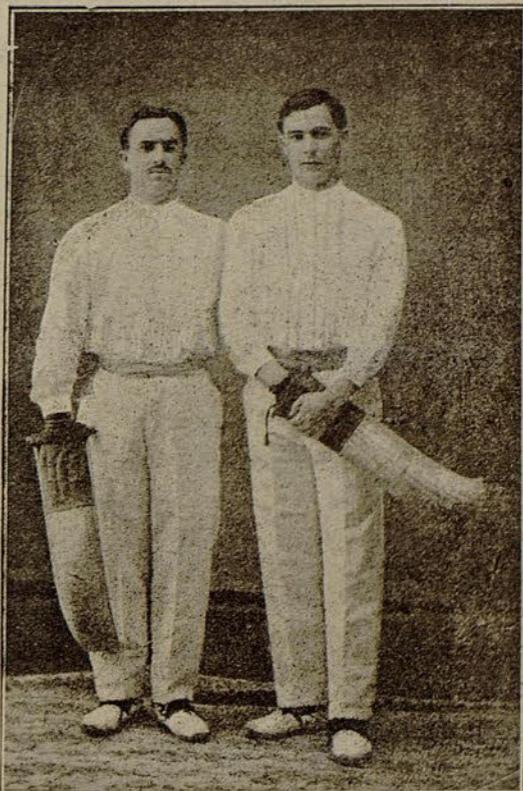
Un potín: Dícese que Forns deja el «Barcelona»; nos han dicho el por qué, pero nos reservamos decirlo, porque, sobre ser delicado el asunto, estas cosas no se dicen hasta estar seguros de ello.

El campeonato de la Sociedad «Sport Vasco» siguió su curso: Llopart y Olano vencieron fácilmente á Latour y Canals. Gamboa y Salom perdieron de calle contra los hermanos Llopart. Este partido puede hacerle perder el campeonato á Gamboa. Si ocurre así, culpa habrá, pero no será del simpático actual campeón.

El campeonato del Beti Jai continuó el sábado en la siguiente forma. Juanito Echevarría, hecho un zaguerazo, y Cuchy, vencieron por ocho tantos á Doria y Blanch, que no llegarán nunca á entenderse. Avallí y Vendrell, ganaron sin esfuerzo á Sunyer y Gaspar, y finalmente Tudó y Eguluz derrotaron á Latour y Canals, que no dieron pie con bola en todo el partido.

Los hermanos Erdoza

Hélos aquí, lector querido, á los llamados leones de la cancha; el jueves debutaron y no me



LOS HERMANOS ERDOZA

Niños mimados del público barcelonés, que debutaron ayer en el Frontón Condal

alcanza el tiempo para hablarte de su debut. Decirte ahora quienes son estos dos muchachos habría de parecerse pedantería estúpida, pues no he de ponerme á descubrir lo que tú tienes descubierta tiempo ha. Los Erdocitas son los niños mimados del Frontón Condal y ellos corresponden á ese mimo, afanándose por complacer al público, jugando con la mayor voluntad y saliendo siempre á ganar. En Madrid han tenido una mala racha. ¡Que Alá les dé en Barcelona mejor suerte, para no quitar el buen sabor de boca que en pasadas temporadas dejaron!

Teníamos razón

Á última hora recibimos la noticia de que el team barcelonés que ha contendido en París, ha sufrido una terrible derrota: siete goals á cero. Lo dijimos; á esas cosas se va á hacer un lucido ó mediano papel ó no se va. Ahora hemos representado un magnífico papel de estraza que pueden los foot-ballistas dedicar á la F. C. D. C. D. F. B. de Barcelona.

SALVADOR

Oficinas é Imp. de EL CINE: Diputación, 211. — Barcelona

TODO ESTO, es decir



Un número de
El Hogar y la Moda

Un cuaderno de
Diccionario Ilustrado

Un cuaderno de
Historia Gral. de España

Y un cuaderno de
Novela fina y moral

LO DA LA SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES
POR DOCE CÉNTIMOS Y MEDIO

Cuatro repartos como éste al mes, 2 reales

SERVIDO A DOMICILIO

Lectura abundante, amena y útil para toda la familia

BUENO; PUES, ADEMAS..

EL HOGAR Y LA MODA ofrece todos los meses á sus suscriptores **Regalos**, consistentes en máquinas de coser ó de escribir, vajillas de porcelana, cortes de traje, piezas de tela, etc., en una forma sencilla y clara, que no deja lugar á dudas. Cada suscriptor ó suscriptora elige un número, el que quiera, con tal que no pase de 30,000. Lo escribe en un **cupón** que publica el periódico el día 15 de cada mes y en el que constan el nombre y la dirección del suscriptor, y lo manda á la Administración, á la mano ó por correo. Y luego, si en la lista del sorteo de fin de mes de la Lotería Nacional, ve premiado aquel número, sabe que tiene derecho al regalo correspondiente ó á su equivalencia en metálico. Las condiciones de estos sorteos se publican en el número de EL HOGAR Y LA MODA del día 15 de cada mes.

AHORA VIENE LO QUE INTERESA

Si V. quiere conocer estas publicaciones, copie, aunque sea con lápiz, el adjunto cupón y mándelo en una forma ú otra á la Sociedad General de Publicaciones, Diputación, 211 (detrás de la Universidad, junto á Aribau). Nosotros le mandaremos á su casa **unas muestras gratis**. Usted las ve. Si le gustan, se suscribe. Y si no, tan amigos.

Sr. Administrador de la Sociedad General de Publicaciones

Presente

Sírvase usted remitirme una muestra gratuita de sus publicaciones semanales **El Hogar y la Moda**, **Novísimo Diccionario Enciclopédico Ilustrado**, **Historia General de España** y **Novela**, que dan ustedes por dos reales al mes.

(Nombre del interesado)

Que vive calle de n.º piso

Sociedad General de Publicaciones

DIPUTACION, 211 (detrás de la Universidad, junto á Aribau). — BARCELONA